

Juan Nuño

HOMENAJE A JUAN DAVID GARCÍA BACCA
MIS RECUERDOS DEL "VIEJO"

Me voy a limitar a evocar apenas algo de lo mucho que García Bacca significó en mi vida, no sólo académica y filosófica, sino hacerlo sobre todo atendiendo a su dimensión humana y afectiva. La primera, mi vida académica, se inicia doblemente con él: primero, como maestro durante todos los años de carrera y aun después, en la tutoría de mi tesis de doctorado, pero sobre todo, cuando recién nombrado yo profesor de la Universidad Central, me cedió generosamente su cátedra de Filosofía Antigua, sabedor como era de mi dedicación a la filosofía y lengua griegas. Y en esa cátedra, en la que tuve la satisfacción de sucederle, di clases durante más de veinte años.

*

Guardo muchos recuerdos de García Bacca, tantos que por algún lado los tengo recopilados, aun no sé muy bien con qué propósito. Porque sucede que García Bacca era uno de esos seres que, sin proponérselo (lo cual puede afirmarse con certeza), dejaba huella en los que de una u otra manera le trataban. ¡Cómo no iba a dejarla en mí, su alumno durante tantos años, que seguí aprendiendo de él las mejores lecciones que un maestro puede dar: sencillez

en el trato, rigurosidad en el trabajo y sobre todo honradez intelectual en todo cuanto se haga o emprenda!

Sólo por comenzar con una nota ligera, evocaré un recuerdo chusco y un tanto absurdo que relaciona a García Bacca con ciertos personajes y personajillos de la política venezolana. Allá por fines de los cuarenta, a poco de llegar García Bacca a Caracas, procedente de México, resultó ser bastante mal recibido por los sectores más reaccionarios del país. Había un periódico caraqueño, desaparecido hace mucho, que se dedicaba a meterse sistemáticamente con el "viejo", como cariñosamente comenzamos a llamarle sus discípulos más allegados, pese a que aun estaba en la cuarentena. Pero su impresionante y venerable presencia, unida a un pelo ya blanco, le otorgaban a nuestros jóvenes ojos una digna y respetable vetustez. Así, un mal día apareció en aquel diario un artículo con el pretensioso título de "Las flores del mal", en donde denunciaban que el ex-cura, renegado y comunista García Bacca se dedicaba en su cátedra a corromper las almas puras de las inocentes señoras de la buena sociedad caraqueña que asistían incautas a sus clases y a las cuales, pobres, tildaba beaudeleriamente el artículo de nada menos que "flores del mal". Flores del mal, que rodeaban ciegas y desprevenidas a García Bacca, infame portador del virus corruptor. Como para caerse de espaldas. Puede imaginarse alguien a García Bacca, lacaballerosidad personificada, un hombre que cuando tenía que decir "trascendental" se apresuraba a añadir "perdonen ustedes la vulgaridad", corrompiendo cual sátiro del Bois de Boulogne a las damas caraqueñas que escuchaban extasiadas sus clases, quizá, por lo demás, sin entenderlo mucho?

**

García Bacca acostumbraba a charlar con nosotros, sus devotos alumnos, en los quietos y placenteros patios de la vieja Universidad, ahora Palacio de las Academias, el antiguo convento de San Francisco. Pero eso sí, ya se sabía, faltando un cuarto de hora, más o menos, para el inicio de su clase, el maestro se apartaba de todos y paseaba grave y sereno, meditando, cual Machado, su amado Machado, por entre los arrayanes del patio. Era el tiempo que necesitaba para, sin papel ni libro alguno, ordenar las ideas, montar la arquitectura de su clase, que siempre le salía redonda, perfectamente ensamblada, con aquel sistema de aproximación en círculos concéntricos, cada vez más cerrados, apretando un poco más los conceptos, hasta llegar a la formulación precisa de lo que quería transmitir. Pues bien, en una de esas ocasiones, uno de los discípulos, cometió la imperdonable torpeza de interrumpir al "viejo" en su cuarto de hora sagrado, para tratar de explicarle, de forma más bien balbuceante, por qué había dejado de ser comunista y por qué ahora pensaba de otra manera. El "viejo", con su imperturbable cortesía, lo fulminó: "Mire usted, Fulano, a mí no me tiene usted que explicar nada, pero ya que se ha puesto a tiro sólo le diré que un hombre en la vida ha de tener la fuerza y el valor de sus convicciones". Eso fue todo. La clase, después, como siempre, soberbia.

La fuerza de sus convicciones. Por razones que no vienen al caso detallar aquí, allá por los sesenta, entré en contacto en España con Joaquín Ruiz-Giménez, un católico progresista, que había sido Ministro de Educación con Franco, en un tímido y breve intento de apertura del régimen en 1956, inmediatamente coartado, y que luego, ya cesado como ministro, había pasado a la oposición democrática de derecha y fundado una revista Cuadernos

para el diálogo. Resulta que en una ocasión, visitándolo en Madrid, Ruiz-Giménez, tras preguntarme, como lo hacía siempre, amable y solícito por García Bacca, me reveló que cuando fue ministro se apresuró a ofrecerle a García Bacca su cátedra de filosofía de Santiago de Compostela, ganada en Mayo-Junio de 1936, poco antes de la sublevación militar, y de la que no pudo tomar posesión. Se la restituían con todos sus derechos y sólo querían su regreso para agasajarlo como él se merecía. García Bacca le mandó a decir, desde luego de lo más cortés y correcto, que "mientras estuviera allí mandando aquel señor, yo no piso España". Y así fue. Tal era su coherencia digna y silenciosa. Años más tarde tuvo la inmensa satisfacción no sólo de poder regresar a una España democrática, sin la presencia de "ese señor", sino que además de reponerle en la cátedra, ya jubilado, fue nombrado con todos los honores doctor por diversas universidades españolas, entre ellas la Complutense y la Central de Barcelona. Su amigo del exilio y también eminente español, Manuel García Pelayo, para entonces ya Presidente del Tribunal Constitucional, me contó entre emocionado y divertido la entrevista que Sus Majestades le concedieron a Juan David García Bacca, y en la que, para asombro de todos, la Reina, buena conocedora al parecer de Platón, departió amable y animadamente con el "viejo" mucho más tiempo del que normalmente acostumbra a exigir en tales ocasiones el protocolo. Debió de ser un día de gloria para García Bacca y un justo y merecido premio a su dignidad de español libre y demócrata.

García Bacca nunca fue uno de esos profesores envarados y encastillados en la falsa seriedad de la cátedra. Ahí están muchos de sus libros, irreverentes, originales y nada ortodoxos para probarlo. Pero es que además,

siguiendo el ejemplo de los grandes intelectuales del siglo, como Ortega y Gasset o Sartre, jamás desdeñó, antes bien, lo buscó, colaborar regularmente con diversos artículos en periódicos de Venezuela y otros países. Prueba a la vez de su naturalidad de escritor de todo género y de su generosidad para con los jóvenes, es que cuando a principio de los sesenta un grupo de universitarios, de filosofía, y otras disciplinas humanísticas, decidimos fundar una revista, con el atrevimiento que dan los años mozos, García Bacca no vaciló en colaborar en esa revista, llamada *Crítica Contemporánea*, que hizo cierto ruido, tuvo bastante éxito y aun tomó posiciones francamente radicales. Sus artículos eran siempre una ventana abierta al humor, a la irreverencia y al estímulo del pensamiento. Colaboró prácticamente en todos los números de la revista y es irresistible la tentación de entresacar algunas de sus frases:

El ateísmo será pecado grave, gravísimo, si además de negar la existencia de Don Dios, niega no menos resueltamente la santidad y divinidad de Don Dinero.

("Pensamientos y glosas")

La dictadura es siempre e irremediablemente mala. La democracia es siempre y esencialmente buena. La democracia, a pesar de ser esencialmente buena, puede ser imbécil. A los demócratas imbéciles los castiga justamente una dictadura, no por demócratas, sino por imbéciles. La democracia, aun la más imbécil, tiene doblemente derecho a castigar al dictador injusto: por dictador y por injusto.

("Democracia y Dictadura expuestas según el método axiomático")

No podía bajar más el Diablo; no se cree ni que exista y sea el causante de lo peor de lo peor. Lo malo, lo peor y lo

pésimo es obra, exclusiva, de nosotros, -del tipo de sociedad.

(“Sobre la decadencia del diablo”)

Y como última muestra de su ingenio y frescura, sólo el título de uno de aquellos excepcionales ensayos: “Por orden del Rey: Prohíbese a Dios hacer milagros en este lugar”, frase encontrada en Kant, pero que procede de al parecer un rey francés (o quizás siciliano) harto celoso de sus atribuciones teológicas. García Bacca nos lo envió desde Cambridge, en 1963, donde pasó un año estudiando y trabajando.

En tanto filósofo, si es que me atrevo a llamarme así, y poseedor de alguna experiencia docente, no vacilo en sostener que hay una materia perfectamente inútil en los *pensa* filosóficos de muchas universidades. Es la materia de Ética o Moral o como quiera llamarse. La verdad es que lo único que puede allí enseñarse es una historia de las ideas éticas o, todo lo más, como ahora está de moda, presentar el planteo de ciertos problemas más que morales, sociales. Así, por ejemplo, en nuestra época existen dos grandes problemas, en lo que se da en denominar contemporáneamente la “bioética”: aborto y eutanasia, esto es, en definitiva, vida y muerte. Nada más. Ya que la ética no se enseña, como con la gramática no se enseña idioma alguno, como pensaban antiguamente, ni con la lógica se enseña a pensar. García Bacca jamás dio clases de ética, ni como tantos fariseos, empleaba a troche y moche la palabra “moral” para cualquier ocasión, pero toda su vida fue una lección de moral permanente y viva para el que supiera verla, leerla y aprovecharla. Es la única forma práctica, comprometida y humana, de enseñar una conducta ética: siendo uno mismo consecuente con ideas y comportamientos. Las lecciones de García Bacca siempre fueron así, suaves, humanas e indirectas, para que el que

tuviera ojos, viera y el que usara los sesos, entendiera. Es curioso y sobre todo conmovedor que el único libro directamente de ética de García Bacca haya sido póstumo, recién editado en Barcelona, justo en Febrero de este año, con el evocador título de *Sobre virtudes y vicios*. Son, como su autor los califica, tres ejercicios literario-filosóficos, y merece la pena entresacar algunos de sus pasajes más reveladores, para que se vea de qué madera estaba hecho este hombre:

A sus noventa años el Autor de esta obra se juzga con derecho, casi con obligación, de dar al Lector unos consejos para leerla.

1) No delegar en nada -religioso o profano, filosófico, económico, político- ni en Nadie: sea Papa, Patriarca, Ayatollah, Premier de un Presidium... el pensar por cuenta propia. Que Nadie se arrogue el derecho de pensar por él. Cada uno debe pensar por sí mismo, para sí mismo en todo. Y tomar sobre sí la obligación de dar a los demás tal ejemplo. Recordando que el miedo a pensar sobre todo es más potente y frecuente que el miedo a morir. Para la mayoría, "morir, antes que pensar". E impedir que los demás piensen; más aun que hagan patentemente tal decisión de palabra impresa. Censura y Censores. Inquisidores.

2) No delegar en nada -religioso...- ni en Nadie -Papa...- el decidir por cuenta y responsabilidad privada, o sea: renunciar a la Libertad. Cargar valientemente, con el don de la libertad de conciencia, sin descargarla en otro:

No descargar el pensamiento aceptando dogmas, Credos, consignas; ni descargar la voluntad obedeciendo a mandamientos, preceptos, ritos. Dogmas... alivian el peso de pensar; obediencia alivia el peso de decidir. Comodonería mental y volitiva.

Sobran Concilios y Constituciones que determinen y tiendan a imponer por fuerza física o psicológica qué es lo que hay que pensar y qué es lo que se debe obedecer o querer (.....)

3) No poner límites a la imaginación, entendiendo por esta palabra "inventiva". La originalidad, la inventiva, es uno de los recursos humanos inagotables (...). No aceptar nada que se lo dé perfecto, definitivo, tradicional, sagrado o venerable. Venga de la autoridad que sea: religiosa, política, económica.... Sea Libro sagrado, rito, práctica, de Antiguo, Nuevo Testamento, Islam, Vedas, Confucionismo, Sintoísmo.... Chamanismo.

Allá por mis lejanos años juveniles, asaz audaz y algo polémico, me lancé con una reseña de la traducción que García Bacca hiciera de los fragmentos de los presocráticos, publicada originalmente en México, y reeditada en Caracas por el Ministerio de Educación. Con motivo de esa reedición, tuve la osadía de hacer la nota crítica para una revista filosófica que fundara el maestro en nuestro Instituto de Filosofía, su Instituto. En aquella nota manifestaba abiertamente mi disconformidad con ciertas traducciones del griego, llevando mi insensato atrevimiento hasta llegar a proponerle al "viejo" otros giros en algunas de las traducciones. Pues bien, no sólo me publicó la nota tal cual, sino que, sin decirme nada, un día, tiempo después, me regaló su ejemplar de los *Fragmentos de los Presocráticos*, con mis observaciones incorporadas en los márgenes correspondientes, unas aceptadas, otras muy sabiamente discutidas y la mayoría justificadamente rechazadas. Sin decir más. Como un presente y una muestra de su saber sereno y de su tranquila superioridad.

Tuve el inmenso y alto honor de ser consultado por él alguna vez durante la traducción de su Platón, obra magna, inconcebible en nuestra época, traducir nada menos que a todo Platón; algo que si acaso se emprendía el siglo pasado y por un equipo de traductores, pero que llevó a cabo él solo hasta el final y la más completa y feliz culminación. Siempre recordaré que participé en alguna de las gestiones, de las muchas que se hicieron, para que se publicara la obra. Y en una ocasión, me apresuré a llevarle a su casa lo que consideraba era una muy buena noticia: en un reciente viaje a España, había logrado interesar a una de las grandes editoriales españolas para que lo publicaran tal como él deseaba, y como en realidad debería de haberse hecho, en edición totalmente bilingüe. Me agradeció mucho la gestión, pero me cortó tajante: "Mire, Nuño, este libro, mi Platón, o se publica en Venezuela o no se publica. Esta traducción la he hecho y se la debo a Venezuela. Y aquí ha de ser publicada". Y así fue, para gloria de Venezuela.

Como colofón, transcribiré unos cortos pasajes de una carta recibida hace poco de una persona, muy, pero que muy allegada a mí, que también conoció a García Bacca por mi intermedio, y que al enterarse de su fallecimiento tuvo esta reacción:

Lo del "viejo", como siempre le llamásteis y me acostumbré a pensarle, me ha dejado triste. He recordado instantáneamente, con la frescura que suelen tener los recuerdos intocados, por lo poco frecuentados, una mañana o tarde -eso no lo recuerdo- en una vaga y desdibujada quinta en que él vivía cuando yo debía tener algo así como cinco años. A lo peor se trata de un

freudiano "souvenir écran", y resulta que era yo mayor. Pero recordé, gratamente, esas manos curiales que tú evocas, reposando largas y nerviosas, en los brazos de un sillón, mientras yo, como siempre hipnotizada por la charla incomprensible y adulta que me rodeaba, te miraba sin verte desde sus rodillas, en las que me había sentado paternalmente.

Otro recuerdo vino enseguida a confirmar la apacible sensación del primero: ya mayorcita, una mañana -ahora sí, pecado de la edad que nos hace creer con superstición en las arbitrariedades del tiempo, recuerdo el momento-fuimos tú y yo a verle a su piso de Cumbres de Curumo. Allí nos recibió, en una amplia terraza, miniaturizada por un inmenso tablón o mesa cubierta de espesos tomos sin encuadernar aún. Aquello era "su" Platón. Creo que fuiste a eso precisamente, a charlar con él de su publicación, todavía imprecisa. O quizá fuera ese el tema que se impuso, y tú habías querido tan solo visitarlo y saber de él. El caso es que recordé sobre todo un momento de nuestra visita, en que el "viejo", como siempre sumido en lo suyo y queriendo compartir lo propio con extraños, nos preguntó si nos apetecía un yogur, no se cortó un punto ante nuestra negativa y procedió a consumir uno ante nosotros. Mientras, seguía hablando de aquella obra excesiva y del porqué etimológico de los extraños arcaísmos que la plagaban. También del paraíso que, gracias a su hija, había descubierto en un perdido valle de Ecuador, tan perdido que me hizo pensar -recuerdo eso, que lo pensé entonces- en la región misteriosa que describe Wells en su cuento parábola sobre la tierra de los ciegos (...)

De todas las personas que hasta el sol de hoy he conocido, creo que es el más extraordinario. Ambos recuerdos, sumados a lo que de él supe por vosotros, me han dejado la noción de un ser aparte, que, siendo radicalmente distinto de los demás, sin embargo

encarnaba algo a lo que todos secretamente aspiramos. No la "sabiduría" de pacotilla, ni el conocimiento o la inteligencia, sino la rectitud y la coherencia con un par, quizá no más, de convicciones que aquel hombre, sin proponérselo, hacía patente en los gestos aparentemente más insignificantes. No pretendo idealizarlo: supongo que, como cada quien, habrá sido capaz de mezquindades y cegueras. Pero intuyo, sobre la base de esas pruebas subjetivas, muy endebles pero tenaces, que él encarnaba algo que se parece a un ideal, y que no poco tiene que ver con España. O mejor dicho, con lo mejor que puede ofrecer España, que es a la vez mucho y muy poco, visto el escaso número de individuos en que ese ha encarnado y encarna.

Con el más irrefutable de los orgullos, me complace revelar que la autora de esas líneas, que expresan mejor que nadie o nada el ser esencial de Juan David García Bacca, es mi hija, Ana Nuño.

Juan Nuño